LOS ADIOSES

Manuel Scorza

VIENTO DEL OLVIDO

COMO a todas las muchachas del mundo
también a Ella,
inventáronla con sus sueños,
los hombres que la amaban.

Y yo la amaba.

Pudo ser para otros un rostro
que el Viento del Olvido
borra a cada instante.
Pudo ser, pero yo la amaba.

Yo veía las cosas más sencillas
volverse misteriosas
cuando Ella las tocaba.
Las estrellas de la noche
¿quién sino Ella las sembraba?

Los días de esmeralda,
los pájaros tranquilos,
los rocíos azules,
¡Ella los creaba!

Yo me emocionaba
con sólo verla pisar la hierba.

¡Ah, si tus ojos me miraran todavía!

Esta noche no tendría tanta noche.
Esta noche la lluvia caería sin mojarme.

Porque la lluvia no empapa
a los que se pierden
en el bosque de sus sueños relucientes,
y sus días no terminan
y son sus noches transparentes.

¿Dónde estás ahora?
¿En qué ciudad,
en qué penumbra,
en cuál bosque

no te reconocen las luciérnagas?

Tal vez mientras escribo,
estás en un suburbio,
sola, inerme, abandonada...

¡Abandonada, no!

En tu ausencia
mi corazón todas las tardes muere.

LA PRISIÓN

¡NO puedes salir del jardín
        donde mi amor te aprisiona!

Presa estás en mí.
Aunque rompas el vaso,
seguirá inmóvil
la columna perfecta del agua;
aunque no quieras siempre lucirás
esa corona invisible
que lleva toda mujer que a un poeta amó.

Y cuando ya no creas en estas mentiras,
cuando borrado el rostro de nuestra pena,
ni tú misma encuentres tus ojos bellísimos
en la máscara que te preparan los años,
a la hora en que regatees en los mercados,
los jóvenes venados vendrán a tu Recuerdo
a beber agua.

Porque puede una mujer
rehusar el rocío encendido del más grande amor,
pero no puede salir del jardín
donde el amor la encierra.

¿Me oyes?
No puedes huir.
Aunque cruces volando los años,
no puedes huir:
Yo soy las alas con que huyes de mí.

ROSA ÚNICA

LA hierba crece ahora
        en todos los crepúsculos donde antes sonreías.

La hierba o el olvido. Es igual.
Entre mi dolor y tu silencio,
hay una calle por donde te alejas lentamente.

Hay cosas que no digo porque ciertas palabras
son como embarcarse en interminables viajes.
Para mi amor siempre tendrás veinte años.
Mientras yo cante en tus ojos habrá agua limpia,
porque ya para siempre
mi amor te rodea de cristal.

Puedes morir mil veces.
Inmutable en el canto estás.
Puedo olvidarte.
Mas olvidada, resplandecerás.

¿Qué son las luciérnagas
sino remotas luces
que extintos amadores antaño encendieron?
¿Qué son sino carbones
de hogueras que perduran,
tras que sus caras y sus bocas se rompieron?

Te digo que ni el rocío
con tu rostro se atreverá.
No envejecerá la muchacha
que, reclinada en mi sangre,
un día miró una rosa hasta volverla eterna.

Ahora la Rosa eterna está.
Yo la distingo única,
perfecta, en los jardines.
Por montañas y collados
buscan la gentíos.
Sólo mis ojos que tus ojos vieron,
la pueden mirar.

LA CASA VACÍA

VOY a la casa donde no viviremos
a mirar los muros que no se levantarán.

Paseo las estancias
y abro las ventanas
para que entre el Tiempo de Ayer envejecido.

¡Si vieras!
Entre las buganvillas
cansadamente juegan
los hijos que jamás tendremos.

Yo los miro. Ellos me miran.
Mi corazón humea.
Este es el sitio
donde mi corazón humea.

Y a esta hora,
en el balcón, callada,
yo sé que tú también te mueres
y piensas en mí hasta ensangrentarte.
Yo también pienso en ti.

Óyeme donde estés:
por esta herida no sale sólo sangre:
me salgo yo.

ELEGÍA DE LOS DESCONOCIDOS

YA no nos conocemos, ya no nos entendemos
¿qué pasa?

¡Oh, Desconocida!
Nuestro amor como los árboles daba pájaros.
¿Qué está pasando?

Azules éramos, ¿qué ha pasado?
El viento del mar desesperado
agita pañuelos de musgo en las esquinas.

Me voy.
Pañuelo de llorar: mejor me voy.

Al atardecer los pájaros también se van,
viajan a las torres buscando picos tiernos.

A los reptiles, yo.
Al fondo del agua a vivir ardiendo.

Porque para esta sed el agua está vacía,
vacía está el agua para mi corazón sediento.

MÚSICA LENTA

PARA que tú entres,
        a veces de tristeza, el corazón se me abre.

Como una puerta tímida,
para que tú entres, el corazón se me abre.

Pero tú no vienes,
no vuelas más sobre los campos.

En vano mi corazón se asoma.
Pasas de largo,
como si el viento
soplase sólo para allá.

Pasa la mañana y no viene la tarde.
Y el corazón se me cierra,
como una mano sin nadie, el corazón se me cierra.

SERENATA

ÍBAMOS a vivir toda la vida juntos.
        íbamos a morir toda la muerte juntos.
Adiós.

No sé si sabes lo que quiere decir adiós.
Adiós quiere decir ya no mirarse nunca.
vivir entre otras gentes,
reírse de otras cosas,
morirse de otras penas.
Adiós es separarse, ¿entiendes?, separarse,
olvidando, como traje inútil, la juventud.

¡Íbamos a hacer tantas cosas juntos!
Ahora tenemos otras citas.
Estrellas diferentes nos alumbran en noches diferentes.
La lluvia que te moja me deja seco a mí.
Está bien: adiós.
Contra el viento el poeta nada puede.

A la hora en que parten los adioses,
el poeta sólo puede pedirle a las golondrinas
que vuelen sin cesar sobre tu sueño.

LA LÁMPARA

COMO la lámpara, olvidada
arde invisible en el día,
así mi corazón se ha consumido
sin que tú lo vieras.

Mas ya pasaron para ti las mieses,
y tardos los años,
yo sé que ahora
tus ojos buscan
las huellas bermejas de mi pasión.

Es tarde:
mi corazón calcinado
apenas soporta sus cenizas,
y aunque estás cercana,
y quiero llamarte
mudas están las hogueras
donde antaño ardieron
airadas voces tiernas.

Mi tristeza ya no puede
ni con el peso del rocío.

Es tarde:
la vida se gasta en actos vanos;
todo acaba en fantasma.

Es tarde:
detrás de mis ojos
ya no hay nadie.

LA CITA

SON las siete;
        la calle está oscura;
ya no vendrás.

Aunque llegaras
todas las tardes
a la orilla de esta cita,
y aguardases, inmóvil,
las largas horas que en el mundo faltan,
no me hallarás,
porque esperándote perdí mi juventud.

Y no como el guerrero
que las manos moja
en la espuma bermeja de la guerra.
¡Varones hermosos que conocí!
¡Alexander extraviado en la espesura!
¡Gabriel amarrado a los torrentes!
¡Eugenio deshojado a la aventura!
¡Amaro, que un día solo con tu fusil partiste!
¡Os envidio, jóvenes vehementes,
a quienes no bastándoles los crepúsculos,
por mirar llamaradas
incendiaron su propia edad florida!

Yo, miserablemente
perdí mi juventud;
aguardando que cumplieras la cita de los parques
gasté los veloces años.
¡Oh, cafés humosos donde fingí
leer los diarios de mi feroz melancolía!

Esperándote perdí la juventud,
y me pesa.
Son las siete:
y estoy solo.

EL MENDIGO

EL Rey,
        incendiado en oro,
sus imperios galopa,
y siente el levísimo crujir de las genuflexiones
a su paso fulgurante.

Vasallos, estandartes,
escuadras, cánticos, rocíos,
le pertenecen.

Todo se le rinde,
menos el amor de la mujer
que, en ese instante,
a los heraldos sonríe, desdeñosa.

El Rey
percibe entonces su miserable esplendor,
y comprende que sólo es un Mendigo Resplandeciente.

EL REY

NO eres nada,
vives oscuro,
en una ciudad perdida.
Pero, de pronto, un día,
al despertar, eres Rey.

Arden musicales
remotos países
avasallados por tu valentía.
Poderoso monarca:
todo lo que tocas es resplandor,
y en tu honor cambian los arco iris de plumaje.

Y cuando ella sonríe,
brota agua
en la remota infancia
adonde se asoma,
tu pequeña vida ansiosa,
rapaz distante de todo.

Mas viene el Viento
y lo derriba todo:
cristal roto es tu monarquía;
vives en una ciudad malvada;
el tiempo sólo significa
que tus zapatos ya no resisten otro invierno.

Eras Rey,
pero ya te no sonríe Esa Mujer.

LA SOMBRA

COMO el centinela
        que en la agreste torre
lucha por no rendir los ojos al invencible sueño,
yo resisto al olvido.

Pero te me vuelves pequeña;
la lluvia moja
las calles de 1943;
la lluvia rompe
el cristal en que te guarda
mi juventud.

¡Miseria de los amantes
que locamente sueñan
eterna la eternidad!
El Día es de espuma,
niebla es la carne,
humo el ayer.

El país luciente
de nuestra juventud hermosa,
el tiempo asoló con sus ejércitos potentes.
Marcial acampó la herrumbre
donde ardió la rosa.

En la memoria sólo una calle queda
por donde caminas lentamente.
Ya casi no te miro,
y el moribundo sol, atardeciendo,
te torna cada día más pequeña.

Pero pasan los años,
y a medida que te vuelves más pequeña,
arrojas una sombra más larga.

NOCTURNO EN SAN SALVADOR

LA noche era bellísima.
        Yo te quería.
San Salvador brillaba entre las flores.
        Yo te quería.
La Felicidad nunca tendrá tus ojos azules.
        Yo te quería.
Dueña de los Crepúsculos.
        Yo te quería.
Pastora de la Brisa.
        Yo te quería.
Ruiseñor Malvado.
        Yo te quería.
Espuma del Silencio.
        Yo te quería.
Agua bajo los Puentes.
        Yo te quería.
Olvida los cantos que te escribí.
        Yo te quería.
Aún ahora, aunque sea tarde,
y una paloma ciega
vuele para siempre entre nosotros.

Adiós a las bandadas,
adiós al tesoro enterrado en tu infancia,
adiós a las Hadas porque las Hadas no existen.

Ya dije las cosas que dije.
Por las que callo ha de crecerme musgo en la voz.

Cuando termine de contar esta agonía,
otro hombre se levantará de esta mesa.

Tal vez él no recuerde.
¡Pero yo me acuerdo tanto!
¡Si supieras cuánto te recuerdo!

LOS RAPACES

QUÉ hay ahora
        debajo de las camisas
de los muchachos
que, antaño,
tras los tigres corrían
en su infancia veloz?

¡Rapaces relucientes,
partían sin vacilar,
veleros rapidísimos.
a conquistar países de seda,
confines de esmeralda abrasadora!

¡Días de plata delirante!
¡Invencibles flechas libres!
La tempestad no pudo con vosotros.
Envejecieron los vientos
antes de cansarlos.
¡Seres puros,
vencedores del oso,
íntimos amigos de las estrellas de mar!

¿Qué son, qué somos hoy?
Con rencorosa mano escribo tu elegía:
vi al alba tu hermosura,
bebí tu ardiente mediodía.
y cerca ya a la noche,
los años se fatigan
y no vuelves a mí los ojos.
Mi amor anciano se reclina
en el hombro poderoso de la muerte.

CREPÚSCULO PARA ANA

SÓLO para alcanzarte escribí este libro.
        Noche a noche,
en la helada madriguera
cavé mi pozo más profundo,
para que surgiera, más alta,
el agua enamorada de este canto.

Yo sé que un día las gentes
querrán saber por qué hay tanto rocío en las praderas,
yo sé que un día
irán ansiosas a los campos,
seguirán los hilos de los prados,
y a través de las florestas
llegarán hasta mi pecho,
y comprenderán,
—lo siento, estoy sintiéndolo—,
que es mi amor quien platea por ti el mundo en las mañanas,
y verás esta hoguera.

Desde ciudades enterradas,
desde salones sumergidos,
desde balcones lejanísimos,
verás este amor,
y escucharás mi voz
ardiendo de hermosura, y comprenderás que sólo por ti he cantado.

Porque sólo por ti estoy cantando.
¡Sólo por ti resplandece
mi corazón extraviado!
¡Sólo para que me veas,
ilumino mi rostro oscurecido!
¡Sólo para que en algún lugar me mires
enciendo, con mis sueños, esta hoguera!

¡El Mudo,
El Amargo,
¡El Que Se Quedaba Silencioso,
te habla ahora a borbotones,
te grita cataratas, inmensidades!
No quiero luz del día,
ni diamante encendido,

no quiero no morir:
escucha mi agonía.

Alguna vez amarás,
alguna vez
en las lianas de la ternura enredada
comprenderás que cuando el dolor nos llega,
es imposible hablar;
cuando la vida pesa, las manos pesan:
es imposible escribir.

Mas con los años las escamas se nos caen.
Y un día, al volver el rostro,
vemos a lo lejos,
como remotos barcos encallados,
cosas que creíamos llevar adentro,
y miramos que son musgo los amores más ardientes.

¡El hombre enceguecido
no escucha las campanas silenciosas de la hierba,
hasta que encuentra en los caminos,
como culebra, su antigua piel,
y reconoce entre las ruinas
su vieja máscara oxidada,
y se detiene a recordar lo que amó,
y descubre agujeros rotos
do eran ojos fulgurantes,
porque el tiempo crudelísimo
injurió el Rostro Puro,
y los años nos pusieron
anteojos de melancolía,
con los ojos que se mira la ruina,
el otoño,
la grosura de las mujeres!

¡Oh, cruel máscara salobre
que aguarda agazapada
debajo del rostro del ángel,
la tristeza esperando no más
para volcar las aguas del naufragio!

Surge entonces
el Canto inextinguible,
cual surge ahora esta voz

que llora por los días hermosos,
cuando el agua era azul,
y no sabíamos que todo lo nacido morirá.

Todo lo que nace ha de morir.
¡No digo más porque me entiendes!
Tú sabes que sólo quiero
que, en algún lugar, leas esta carta,
antes que envejezcan los carteros
que te buscan
a la salida de las iglesias,
entre las recién casadas,
a la hora del jazmín rendido.

¡Quiero que el rayo de mi ternura
traspase con lanza a los que no conozco,
y salte noche hirviendo
a los ojos de los que abran este libro,
y en algún lugar,
un día de este mundo,
me oigas
y te vuelvas,
como quien se vuelve extrañado
al sentir detrás el resplandor de un incendio,
y comprendas que estoy ardiendo por ti,
quemándome
sólo para que veas,
desde tan nunca, esta luz!